

## CURVA ALREDEDOR DE LAS EMISIONES INFANTILES DE LA RADIO

Su puntualización es como un asedio, acosando y rodeando a elementos integrantes, tales como la palabra y el fondo, el locutor y el niño, etcétera. En apariencia, cosa nimia y sin sustancia; pero mucho más complicado y de honda medula, en cuanto se quiere reflexionar.

Una emisión infantil dada a las ondas puede ser un excelente reconstituyente o tónico, pero asimismo puede presentarse como casi un veneno.

Por algo es que muchos, la mayoría de los educadores, estiman que las emisiones llamadas «de carácter infantil» y que propaga más o menos ingenuamente la radio es cosa nociva y de mala influencia en sus públicos de pequeña edad. El peligro es enorme, y ahí reside la dificultad, de poder y de saber establecer las fronteras de lo bueno y de lo malo, de lo que puede ser útil o beneficioso (además de agradable, claro está) frente a aquello que resultaría pernicioso y nefasto en mentes moldeables como pasta de escultor.

Además, quiérase o no, en cualquier hogar hay un aparato de radio. La escuchan los adultos, pero no tienen bolitas de algodón los oídos de los niños y de los adolescentes. Circula la musiquilla (que ya es dosis de incierto valor educativo) y corretea sin cesar la palabra de temas muy a menudo desprovistos de interés, aportando «moléculas de mala simiente», como casi podríamos denominarlas con lenguaje de poeta. Pero se da cuenta el cerebro, registrador, de lo que las ondas proclaman, y poco a poco, como de modo inconsciente, la palabra se hace perforadora, y con ella su peso de sentido, ya sea bueno ya sea malo. La niñez está como al acecho de la cancioncilla (tan estúpida, por lo general) y luego la repite, la tararea, la asimila quizá. Pero más grave es la palabra que pide silencio, que se escucha más tranquilamente (a pesar de juegos y risas) y se adueña de mentes débiles y en pura formación; la palabra conduce por senderos y ese es el gran problema.

¿Cómo alejar a los pequeñuelos de las horas de escucha de radio, sea cual sea el programa? ¿Y cómo fijar horas especiales para los niños? Y, sobre todo, ¿cuál será el contenido formativo y moralizador de estas emisiones infantiles?

Con toda seguridad, el director de programas de radios no se preocupa mucho de estas cuestiones. Sin embargo, la educación y su alcance docente está en juego. La onda sale, llega, se escucha y recibe... y ahí queda lo demás, lo difícil. El problema no es técnico, sino hondo, de profunda consideración pedagógico-social.

El psicólogo y el médico pueden intervenir—y de hecho lo hacen—junto al educador; es una comisión la necesaria para realizar emisiones de carácter infantil. Estudio, meditación... y siempre persistirá la dificultad, la emisión para niños será cosa peliaguda.

La influencia es grande, y nadie puede negarla, de una radio abierta a todos los oídos. Vense programas con Mozart o Debussy o con Falla o con la deliciosa historia de «Pedro y el lobo», de Prokofief..., pero ¿no andan por las ondas las mil cancioncillas de mal tema, de fonética dudosa y de indole moral más que desaconsejable? Que los padres mediten unos minutos, y verán adónde conducen a sus hijos con la radio siempre abierta, siempre vocinglera.

Emisión pública, o emisión especializada; esa es la cuestión. Y con su fundamento educativo-humano, ya que se engendra raíces de vida común, de emisiones que pueden escucharse—y hasta vivirse—en grupo. No es que cada escuela tenga ya su aparato de radio, pero lo tienen infinitos hogares, y muy pronto será objeto corriente, junto a la televisión, en los grupos escolares, y en concretas circunstancias de vida escolar y post-escolar. Así, la proyección de situaciones humanas de la radio y de la televisión—como el cine y otros elementos audio-visuales de símbolo educativo—alcanza supremo valor en los proyectos y realizaciones del campo de la pedagogía, en su sentido más completo, más justo.

Perniciosa influencia, decíamos; subrayando ese detalle brilla la vulgarización, que se muestra en toda emisión radiofónica, ya sea para todo público, ya para escucha infantil, y viniendo de programas de tipo nacional o de radio local. El defecto está en la base; y la candente pregunta es saber qué emisiones están al alcance de sensibilidades de edad escolar. Y ello, en sus tres curvas más características: la música, el cuento o la narración, la revista de información varia.

Volvemos a lo planteado: peligrosa vulgarización, mala influencia. ¿Y siempre debe ser así? ¿Por qué razones esta obstinación en lo no preparado, en la emisión de «recortes» podríamos decir? Y un aspecto digno de destacar es que al interrogar a un productor de emisiones radiofónicas (pensando en todo oído, sin distinción de edades) se halla respuesta como la siguiente: «mi emisión debe gustar». Ya se ve su trayectoria antieducativa, y es la norma practicista, cuando el autor debiera decir, sin regateo alguno: «mi emisión debe interesar».

Veamos ejemplos de emisiones-tipo, que suelen entenderse en radios y cuyo ámbito de escucha parece situarse en horas destinadas a escolares sin clase, esto es, en horas de la tarde del jueves (día de descanso escolar, por excelencia, en la mayoría de los países «occidentales»..., salvo la curiosa y tradicionalista Gran Bretaña).

Veamos, pues, en rápida síntesis, ejemplos cómo los cantores (de gé-

nero profesional, y con cierta simpatía, sin duda) que se esfuerzan a veces en cantar cosas sin penetración moral o demasiado vulgar, pero que (por el hecho mismo de ser extrellas conocidas de la canción) quieren cantar sus canciones favoritas, las que obtienen éxito con público de adultos. Y la verdad es que no hay canciones infantiles apropiadas, ni cantores capaces de hacerlas llegar a oídos infantiles, ávidos y pronto captados por «cualquier cosa que se oiga».

A veces, llámase a la radio a payasos, y ya se sabe que, por lo general, fundan su actuación en chistes llenos de sobreentendidos, con palabrejas que no tienen nada de gracioso. Pero el niño es presa fácil, que acepta las payasadas, que se ríe incluso con ellas, y por este motivo dicen algunos directores de emisión radiofónica infantil que estas emisiones con payasos y circo son buenas..., porque los niños gozan. Claro que es cierto, en apariencia; debajo de la risa momentánea, está el peso de lo antieducativo, el veneno subterráneo, cuyo antídoto hay que encontrarlo luego en largas horas escolares, en horas formativas de la clase.

¿Y las emisiones-concursos debidas a pagos de casas comerciales o marcas de café o de mostaza? A menudo, son bastas y burdas intenciones cómicas, con cancioncillas groseras, a pesar del pretexto de ser «para niños», y emisiones de tipo «folletón», como si fuesen bandas cinematográficas, todas impregnadas de actividades brutales, de escenas sin fundamento moral, por no evocar los clásicos ejemplos de radio con cine del «Far-West» y pistoleros en acción.

Delicada perspectiva educativa la de emisiones infantiles, y concederles importancia y alto interés es cosa hartamente difícil. Compleja tarea, y que tiene que ser, por fuerza, fórmula muy variable. Variable, de acuerdo con la edad del público infantil que escucha la radio, y a tono con centros de interés cuya ramificación sería paralela con los trabajos escolares. Esto es, convergencia educativa entre la escuela, el hogar y la radio. Triple alianza de cimientos muy sanos, muy humanos, y que desde el punto de vista pedagógico como psicológico o social ofrecen las garantías correspondientes de su valor educativo.

Que nada sea mediocre, que todo pueda interesar, apartando maneras y estilos de «mayores», que aburren más que otra cosa. El niño pide (le conviene), movimiento y dicha, ritmo musical y ambiente de satisfacción. Justo es intentar ofrecérselo en emisiones muy cuidadas, muy estudiadas, con colaboración médico-escolar y pensando en bases de arte y belleza así como de música y poesía. El lenguaje se aprende también por las ondas, y el niño puede recibir así ese léxico de fineza, de buen gusto. Por algo, un inspector de enseñanza primaria repetía que «los niños hablan bien cuando oyen hablar bien». Y ahí entran (o pueden tener cabida) la casa y la escuela, la radio y el cine, etc.

Relatos sacados de cuentos, leídos o dramatizados, polarizando el interés humano o dramático; la documentación de cuestiones de ciencia o de cultura; la narración de hechos de humana nobleza, he ahí temas de candente valor educativo para la infancia y para la adolescencia.

Excitar el sentido poético de la edad escolar, conceder a la imaginación

temas de fraternidad y de sacrificio del hombre, podrían asimismo ser pensamientos rectores en cualquier emisión infantil. Lo esencial es no ayudar a los malos sentimientos, tan corrientes en lo callejero y siempre al alcance del niño, sino despertar la buena y saludable sensibilidad. Esto es, que la emisión infantil pueda reforzar la tarea formativa y cultural de la escuela y hasta de hogares equilibrados (donde no se pide la exagerada cultura o delicadeza sublime, sino la sencillez de vivir en paz y en libertad, dentro del amor local, nacional y universal).

Hay que tener mucho cuidado en no caer en el terreno de lo «precioso» o en irrealismo convencional, a fuerza de desear obtener efectos de evasión infantil hacia la poesía o hacia la imaginación en marcha. Todo esfuerzo, para lograr emisión radiofónica constructiva desde el punto de vista educativo para niños, procurará tener un horizonte de sano y justo vivir, de vida con arreglo a la realidad. Porque también existe ahí la definición del hombre, su raíz de tentativa humana sin crímenes ni mentiras como tantas canciones pregonan en horas de escucha más o menos infantil.

Queda, y es quizá lo más complejo, la iniciación a la música, debido a su necesaria preparación en clase. Pero si el maestro y el realizador de radio (¿y por qué no sería tarea organizada por el Ministerio de Educación Nacional?) se compaginan y aunan sus trabajos, la emisión infantil será complemento precioso como iniciación a la música, a sus bellezas contenidas. Esto ya se hace, y el disco en clase (encauzada tarea del maestro de párvulos) con la emisión infantil correspondiente a idéntica música o temática, alcanza éxito educativo. De ello, por experiencia, estamos seguros.

Cabe esperar a que alguien se interese por estas notas que son fuente de meditaciones en pro de la infancia.

G. GAMBOA SEGGI.